Título: “Oda a la lechera”

Seudónimo: Georges Brassens

Ciclo: Antiguo Alumno

“¡Qué desgracia! Adiós a mis huevos, mis pollitos, mi lechón y mi ternero – se lamentaba la niña entre lágrimas.”

¿Y ahora qué? Qué Buena pregunta.

Toca reconstruir. De eso no cabe duda. Pero ¿por dónde deberíamos empezar? Y ¿por qué nosotros?

Ante lo que se espera de los jóvenes… ¿Qué es exactamente lo que se espera de nosotros? ¿Escépticos o comprometidos? ¿Qué significa eso?

¿La juventud sufre de desentendimiento? Y quién pudiera. Sinceramente. Quién no soñara con poder desentenderse. La vida me devuelve una y otra vez de hocico contra la paradoja del tonto feliz. Supongo y espero que la conozcan, porque me da demasiada pereza reescribirla. Y no sé hasta qué punto se podría descartar este texto por plagio.

Pero bueno, supongo que lo paradójico (valga la redundancia) de las paradojas, es que no tiene ningún sentido racional pararse a reflexionar sobre ellas porque ya se nos ofrece de antemano, por puro concepto, la revelación de que no existe una solución a la que llegar.

Es así un poco la situación actual, si nos paramos a pensarlo. Y podría decirse que la vida, en general, si se quisiera dar a esta reflexión un carácter más místico e intenso.

Si nos paramos a pensarlo viene a significar, en este contexto al igual que en infinitas situaciones similares, si nos paramos a colocar todas las variantes aleatorias de manera presupuesta en favor de que encaje la teoría que tratamos de demostrar.

Así, surge en mi cabeza la comparación entre este augurio final negativo que posee el concepto de paradoja y el augurio pesimista genérico que se puede plantear cualquiera con una pizca de escepticismo en sí mismo (sin importar cuál sea la generación a la que pertenezca) ante el enunciado de uno de estos certámenes.

Si bien sabes que siendo realista las posibilidades del ser humano y aspiraciones de mejoría del mundo y de la moral de la sociedad, son más bien tirando a utópicas; a veces el simple hecho de que alguien se pare a reflexionar al respecto y a recitar para su mente el cuento de la lechera ya está sirviendo para algo.

El otro día estaba intentando organizar un evento de la nada en una típica conversación de bar con unas amigas, y comencé a delirar en mis elucubraciones hasta el punto de que una de mis oyentes decidió sentenciar mi discurso poniendo sobre la mesa el cuento de la lechera. Tras desbloquearlo de mis recuerdos, me di cuenta de que mi amiga tenía razón y, más importante aún, me di cuenta de que ese relato definía en realidad mi pensamiento general mucho más de lo que jamás me había planteado.

Me puse, entonces a juzgar según mis valores esa vieja fábula para niños, llegando a la conclusión de que, aunque entendía que lo que ese relato tenía como objetivo era criticar y definir como negativa la mentalidad soñadora y desestructurada, yo no estaba de acuerdo.

Entiendo las necesidades de “tener los pies en la tierra” y no “la cabeza en las nubes”, pero pienso que eso contribuiría más en el caso de que nuestro interés sea el de crear una generación escéptica; lo que, por otra parte, en ningún momento se ha dicho que sea malo. De hecho, vale la pena reflexionar sobre el supuesto antonismo entre escéptico y comprometido.

Pero pienso que funciona exactamente igual que las paradojas: lo importante no es la solución, sino el hecho de plantearse la situación propuesta.

Obviamente no voy a lograr esculpir en este texto el decálogo a seguir para la óptima reconstrucción de la sociedad. Ni yo, ni espero que ninguno de los demás participantes; pero eso no nos debería privar de la posibilidad de reflexionar al respecto.

“¿Y ahora qué?” Pregunta el enunciado del certamen. Pues exactamente eso, reflexionar al respecto. Empezar a reconstruir por cada uno de nosotros mismos. No podemos pretender empezar a construir si nosotros aún estamos cimentando el terreno.

Hace poco se suicidó Verónica Forqué, y se ha armado mucho revuelo al respecto en redes y conversaciones, en relación a temas como el suicidio y la salud mental. Vi un tweet que hablaba de que debíamos reconstruir la sociedad española, que claramente la que teníamos estaba mal. Me disculpo por la inexactitud de la cita, pero no consigo recordar bien las palabras exactas.

Y, justo un par de días después leo las bases de este certamen y me vuelven a hablar de reconstruir.

También leí una viñeta que hablaba sobre cómo, al inicio, no había nada. Decía que ahora hay demasiado, y que ahora la nada está dentro de nosotros.

¿Será verdad que estamos en ruinas nosotros mismos? Ahí. Como estúpidos, intentando arreglar el mundo sin fijarnos en si estamos nosotros arreglados. Pues la verdad no tengo ni idea, pero ahí se la dejo votando, porque como ya habíamos acordado hace a penas unos párrafos, lo importante de esto no es resolverlo, sino plantearlo.

Se preguntaba también la viñeta si alguna vez hubo lo suficiente. Y si alguna vez volvería a haber lo suficiente.

“Con amargura, recogió los pedacitos del cántaro y regresó junto a su familia, reflexionando sobre lo que había sucedido.”